

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONFERENCIAS PREDICADAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS, POR EL P. FELIX, JESUITA.

Conferencia II.

¿DONDE ESTA EL MAL?

(Conclusion.)

Así que, señores, sin ninguna exageracion, esa doctrina, «el hombre es bueno, la sociedad es quien le pervierte,» es en derecho y en principio la rebelion perpétua, la guerra perpétua de la sociedad.

Pero hay que observar en doctrinas mas próximas á nosotros la última expansion de este principio. Ya entreveis que de esta expresion: «el hombre es bueno» á esta otra: «todos los instintos del hombre son legítimos, todas sus pasiones son inocentes» no habia otro intervalo, que el de un silogismo. En efecto, todo, todo es bueno en el hombre, dice la doctrina, y el desenvolvimiento de lo que es bueno no puede ser ilegítimo; de donde resulta esta conclusion: las pasiones son legítimas; la expansion de todos los instintos es legítima. Y en efecto, señores, han venido hombres que han divulgado en este siglo los gérmenes sembrados en los siglos precedentes. Ellos tambien

han presentado el eterno problema ¿por qué son desgraciados los hombres? y véase la solucion á que han llegado: han dicho: hasta aqui no han recurrido los hombres sino á las dos clases de instintos: los unos poderosos para el bien: los otros poderosos para el mal: los unos por consiguiente reclamando una expansion legítima, y los otros reclamando una represion no menos legítima. Las filosofias han enseñado esta doctrina, las religiones la han dogmatizado y sobre todas ellas el cristianismo la ha dado la mas elevada sancion; y esta fué la causa de todas las desgracias del género humano. En efecto, dicen, enseñando y dogmatizando el antagonismo de los instintos, las filosofias, y las religiones han encerrado la guerra en el seno de nuestra humanidad; combatir contra su propia vida era la ley suprema de la vida; y alli donde está la guerra y la lucha, no puede estar la felicidad. Luego para encontrar una solucion eficaz y definitiva del problema de la felicidad, no hay que hacer mas que una sola cosa; destruir teóricamente la idea, y prácticamente la realidad de la lucha en la vida humana. Sustituir por todas partes la expansion á la represion, y al antagonismo la armonía; en una palabra, proclamar como suprema ley de la vida el desarrollo legítimo y simultáneo de todos los instintos que hay en el hombre. Esta era idea nueva. Imaginar un sistema

de asociacion, un organismo social, que fuese el funcionamiento regular de este concurso, era la nueva mision como dicen, la mision social. Tal es, señores, en este resumen verídico, la doctrina, no quizas tal como ha sido profesada por todos los discipulos, sino tal y como salió de la cabeza del maestro del error; doctrina tan antigua como el mundo, y que tiene el singular privilegio de reproducirse en todas las grandes crisis morales e intelectuales, euando por el hervor universal, segun observa un escritor, todas las cosas suben á la superficie y se admiten á demostracion.

No esperéis de mí, señores la refutacion completa de esta doctrina. La palabra evangélica no puede descender á este punto. Se dice que una muger ilustre acusada por la calumnia de haber faltado al honor y al respeto de la maternidad, encontró en una palabra de su corazon esta defensa sublime: «apelo á todas las madres.» Yo, señores, ante todas esas doctrinas que mienten al honor y al respeto que toda humanidad se debe á sí misma, os diré, con menos elocuencia pero con tanta verdad: apelo á todos los hombres.

Pero observad bien, que los grandes errores tienen consecuencias que no deben desdeñarse de señalar, y hay un gran desprecio en creer que porque los errores mienten á la conciencia y al sentido comun, no haya que ocuparse de ellos. Señores hay que ocuparse de las consecuencias de los grandes errores, y de estas es de lo que mas se debe ocupar. Pues bien, este error en el órden social, porque en este punto de vista es donde yo me coloco ahora, es el mal que reasume todos los demás, es lo mas antisocial que hay en el mundo, lo mas antifraternal, es esa monstruosidad que se llama egoismo.

En efecto, hemos visto que segun la doctrina, la expansion de los instintos es legítima, moral, santa; de donde se saca la conclusion inmediata: la represion de los instintos y de las pa-

siones, es inmoral, ilegítima, impia; nada debe mandar á la pasion, todo debe obedecer á la pasion. ¿Y acaso, señores no queda demostrado que esta doctrina es la consagracion de un egoismo devorador? La pasion, como tal, superior al *yo*, no ve nada, no conoce nada, no sabenada, no quiere nada; para la pasion, es el *yo*, el *yo*, siempre el *yo*. Sé que la pasion proveniente de la santa region del deber, puede ser una virtud y hasta un heroísmo, pero la pasion obediéndose á sí misma es un egoismo fatal. ¡Ah! señores, ¿qué no ha hecho la pasion en el mundo? La pasion sin la represion es la envidia que mata á los hermanos. Hace largo tiempo que nuestra humanidad encierra un secreto que guarda en su seno. Escuchad un instante. Hubo un día en la tierra, en que en esta humanidad joven todavia, á presencia de nuestros primeros padres, no habia en el mundo mas que dos hermanos: Cain y Abel. No eran mas que dos para dividirse todos los goces de la tierra y todos los favores del cielo; no eran mas que dos para gozar de los perfumes de las flores, de todos los hermosos juegos de la luz y del aire, de todas las sonrisas de la naturaleza de Dios; ¿qué otra necesidad podian experimentar estos dos hermanos que la de protegerse mutuamente contra las desgracias de la soledad, de duplicar el uno en el otro, por repetidas y mútuas caricias de ternura y perpétuos abrazos, la felicidad de ambos? y cuando un día uno de los dos dijo al otro; «salgamos juntos,» este debió creer que el hermano no pensaba en otra cosa que en convidarle á la participacion de sus propias alegrías. Mas ¡ay! que en esa humanidad virgen todavia de todo contacto con la corrupcion social, habia entrado ya el mal en el corazon de uno de los dos, y se removía una pasion la mas egoista de todas las pasiones: Cain tiene envidia de su hermano. ¿Y por qué? Habia visto que la oracion de Abel subia al cielo mas pura que la suya, y la tristeza habia humillado su semblante, y

en vez de atacar en sí mismo el mal que lo devora, ¡desgraciado! va á atacar fuera de sí á la virtud, á la inocencia, á el amor personificado en su hermano. «Cain, Cain; ¿qué has hecho de tu hermano? La voz de la sangre de Abel clama contra mí!»... Señores, ya lo sabéis, Cain le ha muerto, *interfecit eum*; y esa sangre que á seis mil años de distancia parece humear todavía, esa sangre del fratricidio, la primera ola del gran río que corre, que atraviesa los siglos, esa sangre clama todavía á la humanidad como clamaba á Dios, y cualquiera que no consiente en reprimir en sí mismo con el mal que está en él, el egoísmo de sus pasiones, no sabrá, por decirlo así, sino matar las cosas santas y asesinar á sus hermanos.

Tal es la doctrina, señores, en su primitivo germen. Es la rebelion en la sociedad en su última expansion; es un egoísmo devorador. A esta doctrina hay que oponer una doctrina francamente antagonista, una doctrina que no dude, que no vacile, que no transija; una doctrina capaz de hacer retroceder al error ante la afirmacion de la verdad. Pues bien, señores, esta doctrina existe: es la vuestra, es la mia; es la doctrina de Jesucristo. Esta doctrina dice; el mal no está radicalmente en la sociedad, está en el hombre.

Y en realidad, este es el compendio de la teología cristiana: el mal en el hombre. Tres palabras reasumen especialmente la teología cristiana: *la creacion, la caída, y la rehabilitacion*. La *creacion* fué en el hombre, el orden, la armonía; el bien; la *caída* fué en el hombre, la rebelion, el desorden, el mal; y el cristianismo es la restauracion divina de estas ruinas humanas; es la reaccion de Dios, en la rebelion del hombre; en una palabra, es la bandera del bien levantada en el corazón del hombre contra el imperio del mal; el cristianismo, es revelador de esta grande expresion: *caro concupiscit adversus Spiritum et Spiritus adversus carnem* (Gal. V. 17); expresion santa,

expresion verídica y profunda que nos revela todas las contradicciones; es decir, todas las realidades de la vida, cuya generosa práctica es el honor perpétuo de la raza de los cristianos. Esta, señores, esta teología fundamental, la gran filosofía de la historia, es la única que no engaña, observadlo bien, á las realidades de la vida, porque esta expresion: «el mal está en la naturaleza humana,» es para ella como llave divina que abre, con todos los misterios del hombre, todos los misterios de la historia y de la sociedad. Así que, cuando ve á esa humanidad que tiene la mision de curar, agitarse en los dolores como un enfermo en su delirio, cuando oye rugir en las naciones el huracan de la tempestad, cuando conoce que la tierra tiembla, ¡oh! el cristianismo no dice, como esos filósofos, que desconocen ó fingen desconocer al hombre; no dice: «eso es la idea que se agita al pasar, en su marcha progresiva, con las esclavitudes sociales, las miserias humanas.» ¡No! el cristianismo no habla así, sabe que las ideas imitan en su pacífica marcha la calma y la serenidad de Dios. Dice por el contrario: no son las ideas, son las pasiones encarnadas en el hombre las que pasan; es ese mal oculto en las profundidades de la humanidad, el que levanta de tiempo en tiempo la superficie, y que por las salidas que se forma, arroja al exterior de tiempo en tiempo, la leva que consume y mata las naciones. Ved ahí la verdadera filosofía. Y esa filosofía que revela en la humanidad entera todos los secretos de la historia, revela en cada uno de vosotros los misterios de vuestra conciencia.

Si, señores, esa expresion; «el mal está en el hombre,» es el clamor de toda conciencia naturalmente cristiana. ¿Y quién entre vosotros no podrían atestiguarlo en este momento? y yo, hijo de Adam, discípulo del Calvario; ¡ah! sí, yo siento una fuerza que me impulsa á donde yo no quiero ir y que me separa de lo que yo querría

abrazar. En mi seno está la guerra, una horrible guerra: *bella, hórrida, bella!*

Es verdad que de tiempo en tiempo una atracción divina me impulsa al lado del cielo, y en esta región serena donde nuestras pasiones no turban, mi alma se complace en la contemplación de la ley de Dios, como una pura mirada se complace en la contemplación de un cielo abierto. Pero aun al lado de esta ley veo otra que se aproxima: *video autem aliam legem*. La ley de mis miembros que hace la guerra á la ley de mi alma: *repugnantem legi mentis meae* yo me llamo vencedor por la gracia de Dios, es verdad, vencedor gimiendo, yo esclamo: «quién me libertará? *¿quis me liberabit?*» (Rom. VII, 23, 24, 25). ¿Quién me libertará de este cuerpo en que siento que el mal habita mas que el bien, en que siento que la muerte está mas todavía que la vida? y yo reconozco este grito que hago salir de mi conciencia como un testimonio irrecusable del mal que está en mí, le oigo salir, como del mío, del pecho de todos los que han tomado la cruz en sus manos y han jurado morir antes que aceptar en su corazón el triunfo del mal. Oigo á la gran legión de los santos, no os oigo, señores, porque hay santos aquí; yo os oigo clamar con todos los santos: *et ipsi intra nos gemimus*. (Rom., VIII, 23.) ¿Qué digo! Oigo á aquel mismo que ha compendiado y personificado en él todo el mal de la humanidad, á Jesucristo nuestro Salvador, oigo á el mismo haciendo salir de su corazón ese deseo dignamente elocuente del mal que habita en las profundidades de la humanidad: *tristis est anima mea usque ad mortem!*

Ved ahí, señores, nuestra doctrina abreviada, doctrina proclamada por la teología cristiana, por la filosofía cristiana, por la conciencia cristiana y por el suspiro del corazón de Jesucristo.

Señores, yo no pregunto si el cristianismo tiene razón, no es esta la cuestión que trato en este momento;

pero digo solamente que esa es su doctrina, y vais á ver en algunas palabras cuantas consecuencias diametralmente opuestas á las consecuencias de la doctrina rival, engendra esta doctrina.

Aquella, ya la hemos visto, era la guerra perpétua por el ataque á la sociedad, la nuestra, es la paz por el ataque del hombre al hombre mismo.

Sin duda alguna que al decir el cristianismo: el mal está en el hombre, no dice; observadlo bien, en la sociedad todo es bien; al contrario, reconociendo que el mal está en el hombre, el cristianismo profesa manifiestamente que una parte del mal que está en el hombre, pasa á las obras de sus manos. Pero, y esto debe ser observado, en vez de decir, como la doctrina rival; es preciso atacar el mal en la sociedad, para destruir el mal que está en el hombre, ella dice, es preciso atacar el mal que está en el hombre para destruir el mal que está en la sociedad. En una palabra, en lugar de dar por punto de partida el progreso social al progreso humano, lo que es profundamente contradictorio, da el progreso humano por punto de partida al progreso social, lo que es profundamente razonable. De esta fórmula radical; «el mal está en el hombre,» ella deduce como ley de la vida, esta conclusión: luego el hombre debe atacarse, debe vencerse á sí mismo.

Señores, el hombre que acepta las luchas interiores contra sí mismo, se liberta por el mismo hecho de las luchas de fuera, en la precisa proporción en que él lucha contra sí mismo. Es un fenómeno singularmente notable, que la necesidad que experimentamos de atacar á lo que se halla fuera de nosotros, está en razón inversa de la que experimentamos de atacar el mal que está en nosotros, y podremos dar como un axioma esta fórmula; un hombre deja de ser temible á los otros hombres, en la hora y en la precisa proporción en que comienza á hacerse temible á sí mismo.

Así que, señores, ya lo veis, re-

cogiendo la sociedad los beneficios de nuestras luchas personales, se fortifica la paz pública con todas las guerras que organizamos en nuestro propio corazón contra nuestras pasiones. Si; en eso está el secreto sencillísimo, pero muy eficaz de la paz social; Ah! señores, cuando todos vosotros aceptéis en vosotros la plenitud de esta ley, en su realidad; cuando cada uno esté de centinela alrededor de su propio corazón, y como dignos soldados de Jesucristo, todos nos hallemos dispuestos á acometer contra el mal que está en nosotros, entónces, creedlo bien, el río de la paz corriendo á márgenes llenas llevará alegremente sus olas por el reino y por las ciudades.....

Pero, señores, el mas generoso fruto, el mas fecundo y el mas dulce que produce esta doctrina, es sin contradicción, ese *aliquid sanctum* que hay en el siglo, ese adorado sueño de tantas almas generosas, de tantos expansivos corazones: la unidad de todos por el sacrificio de sí mismo por los otros; la fraternidad, en fin, imágen radiante en la tierra de la felicidad de los cielos: *quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*. (Ps. cxxxii, 1): Pero señores, la dificultad está en eso precisamente: formar la verdadera fraternidad. ¡Oh! la fraternidad, ¿quién la hará descender sobre la tierra? Señores, observadlo bien, principalmente y sobre todas las cosas, la generosa doctrina que os predico en este momento, es la lucha consigo mismo. ¿No es verdad que para practicar con relación á los otros la fraternidad real hay que romper en sí mismo las fuerzas egoístas? Entre la fraternidad y el egoísmo, el antagonismo es eterno. El uno se engruesa con el decrecimiento del otro, y la fraternidad no sale completa y fecunda sino de la total ruina de nuestro destruido egoísmo.

¿Y como destruir en nosotros las fuerzas egoístas? No hay mas que un modo, uno solo, señores; luchar contra sí mismo. La monstruosa contradic-

cion de algunos delirantes del siglo consiste en haber soñado para la humanidad futura un edificio social que tuviera en su cúspide la fraternidad, teniendo el egoísmo por base. Nosotros hemos escuchado á esos hombres, les hemos visto emprender su obra... No lo olvidéis, si sembráis egoísmo en las almas, jamás recogeréis fraternidades; segareis fratricidios. No obra así el cristianismo; él es verdad y amor, hace derramar en su doctrina estas dos palabras que se llaman una á otra: sacrificarse por otro y vencerse á sí mismo: *abnega teipsum* (Matth. XVI, 24; Luc. IX, 23): *diligite invicem* (Joann. XIII, 34; XV, 12, 17).

Dadme, señores, un alma formada en esta escuela: un hombre que combatía diariamente á su orgullo y á su voluptuosidad, es decir, al egoísmo alto y al egoísmo bajo; este hombre está preparado para los grandes sacrificios y aun para el heroísmo. Los santos, señores, los santos no encontraron en su corazón el heroísmo de la abnegación, sino porque desplegaron contra ellos mismos el valor de soldado. ¡Si! la expansión tan amplia de sus corazones, que parecían querer abrazar todas las miserias humanas, tenía por medida la energía de las luchas solitarias en las que habían comprimido en sí mismos todos sus apetitos, pulverizado todas las fuerzas egoístas. En esas luchas íntimas, nos comprimimos nosotros mismos; preparamos esas expansiones liberales en que nuestro corazón se esparce en beneficios y se derrama en abnegaciones. Señores, dejadme que os diga, si hay entre vosotros personas que se sacrifiquen, es porque habrá también quienes sepan vencerse á sí mismo; y si entre vosotros veo yo desde aquí algunos que llegada la hora sabrían llevar el heroísmo hasta el martirio ¡ah! es porque encontrarían dentro de sí mismos el valor necesario para vencer en ellos todos los terrores de la muerte.

Señores, concluyó. No ha mucho

que para compendiar las consecuencias de la doctrina rival, evocaba el ejemplo de Cain matando á Abel. Dejadme para reasumir las de nuestra doctrina, recordar un ejemplo mucho mas elocuente, porque está tomado de entre vosotros; porque os toca á vosotros: ¡Oh! Dionisio (1) augusto. Dejad que mi corazon evoque vuestro recuerdo, el mas irrecusable de todos los testimonios, el testimonio de vuestra sangre. En el dia de nuestros mayores desastres; cuando todo á nuestro alrededor parecia que anunciaba los funerales de la patria, vos tambien varon santo, sentiais pasar por vuestro corazon los terrores de la muerte: pero empapado en las aguas del Calvario, trasfigurado por la sangre de Jesucristo, conmovido sobre todo por el recuerdo de esa agonía dolorosa, preludio del sacrificio que salvó al género humano, os levantásteis, siendo por combate y por amor, mas que la muerte misma; digisteis; cuando fuerte el fratricida desencadenado por una funesta doctrina eysangretaba á la ciudad, digisteis tambien: «vamos á morir, vamos á morir por nuestros hijos; el buen pastor da su vida por sus ovejas.» Vuestra sangre clama en la historia, clama en los corazones todavia mas que sobre el pavimento de la capital, clama que la doctrina generosa que temple á las almas en los sufrimientos de la lucha es la única que pueda formar con los sacrificios y los heroísmos, los mártires y la verdadera fraternidad.....

Señores, pensaba reasumir; pero digo que cuando la sangre ha hablado, la elocuencia debe ser muda.

(La Cruz.)

FALLECIMIENTO DEL SEÑOR OBISPO DE CORIA.

El domingo 14 á las once de la noche falleció en la Casa Congregacion de

(1) El Arzobispo de Paris muerto en las barricadas.

S. Felipe de Sevilla, el Ilmo. Sr. Don Antonio Sanchez Cid Carrascal, dignísimo Obispo de Coria. Despues de embalsamado fué espuesto en la capilla de la casa de ejercicios, donde permaneció hasta el dia 17 en que se le trasladó con pompa fúnebre á la iglesia del Oratorio. El cabildo de Sevilla celebró los oficios por medio de una comision de su seno, y haciendo llevar todos sus ornamentos y aparato. El clero de Sevilla, y las clases todas acudieron á rendir á la Congregacion de S. Felipe un testimonio de su dolor por la pérdida de este virtuoso prelado y del sumo aprecio en que tienen á los PP. del Oratorio, á quienes quiso consolar en su justo dolor por la muerte del que fué muchos años Preósito, favorecedor de la santa casa y padre amoroso de cuantos hoy pertenecen á ella. S. I. ha sido sepultado en la iglesia del Oratorio, á la que habia acudido un gentio inmenso.—R. I. P.

(La Cruz.)

ROBOS SACRILEGOS.

El grito de alarma lanzado por *La Regeneracion*, y repetido en la Representacion nacional á consecuencia de la alarmante frecuencia con que se suceden los robos sacrilegos en la mayor parte de los pueblos, ha resonado, como no podia menos de suceder; tratándose de un pais que blasona de católico, en las provincias de España, como lo demuestran las repetidas comunicaciones que con este motivo se nos dirigen.

En algunas, como en la religiosa Valencia, la prensa ha fijado su atencion en tan grave materia, y pide, como nosotros, un pronto y eficaz remedio para que se ponga coto de una vez á esos incalificables atentados, propios mas bien de un pueblo de beduinos, que de una sociedad civilizada y religiosa.

Véase, en prueba de ello, el sen-

tido artículo que *El Valenciano* dedica, en uno de sus últimos números, á lamentar la indiferencia con que se miran tamaños crímenes, indiferencia cuyos perniciosos efectos se sienten en aquel país, en donde es tan espantosa la frecuencia con que se cometen toda clase de crímenes, quizás mas que en otro alguno.

He aquí el artículo de *El Valenciano*:

«Desde el día 1.º del presente año se han cometido ya tantos robos sacrilegos en casi todas las iglesias de la católica España, que hemos llegado á dudar si vivimos en los tiempos de Isabel I, ó mas bien en los riscos de la Calabria ó en los desiertos del Africa. Tan incalificables atentados, seguidos casi siempre de la impunidad, alarman á la multitud y tienen en continuo sobresalto á los que conservan en el fondo de su alma las sacrosantas creencias que heredaron de sus mayores. Mentira parece que un pueblo que se adorna con el distintivo de *católico*, un pueblo en el que sin duda alguna están mas arraigadas las creencias religiosas, sea teatro uno y otro día de escenas tan repugnantes como las que lamentamos, como las que constantemente está denunciando la prensa en los mas apartados rincones de la Península.

»Los pueblos mas atrasados en el camino de la civilizacion, aquellos pueblos que se llaman bárbaros, en donde impera la fuerza bruta y la propiedad es de todos, tambien tienen sus creencias religiosas; y aunque sea á su manera, aun en medio de su abyeccion y á través de su barbarie, se trasluce el respeto que les merecen sus ídolos, y las cosas destinadas á rendir culto á lo que ellos miran como el único y mas eficaz lenitivo de sus males.

»Y ¿es posible que en una nacion civilizada nos encontremos en el polo opuesto en materia de Religion? Si entre nosotros hay quienes tienen en tanto desprecio el sentimiento más digno que hemos heredado de nuestros padres,

¿qué podemos esperar ya respecto á otros intereses que debemos llamar secundarios, comparativamente con el que deben infundirnos nuestras creencias religiosas?

»La inaudita frecuencia con que se vienen repitiendo estos crímenes de poco tiempo á esta parte, y su impunidad, reclaman ya medidas fuertes y enérgicas de parte del gobierno supremo. No basta que un ministro de la corona suba á la tribuna del Parlamento, y contestando allí á una interpelacion sobre este trascendental asunto, diga que se tiene noticia del mal, y que se pondrá remedio. No basta esto, no: lo que basta, lo que conviene por ahora es que, ya que se tiene noticia del mal, se ponga pronto remedio; no que se aplaze su aplicacion para que llegue tarde, como indudablemente llegará si el remedio no se aplica ahora. Esa repeticion de atentados y esa dolorosa impunidad, que tanto alienta á los criminales es una prueba bien inequívoca de que tienen ya concertado su plan, su sistema de sacrilega espoliacion. Y cuando esto es claro y evidente, el gobierno se contenta con meditar el remedio de ese gravísimo mal. En cambio los robos se repiten, el escándalo crece, el país pierde hasta la esperanza, y los malvados se convencen al fin de que son mas fuertes para el mal que el gobierno para prevenirlo ó castigarlo. He aquí las primeras consecuencias de ese estado de inaccion ó incertidumbre de nuestros gobernantes: las secundarias ó ulteriores las abandonamos al buen criterio de los que nos lean.»

(*La Regeneracion.*)

ANUNCIOS.

HABILITACION DEL CULTO Y CLERO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Desde el día 12 del actual queda abierto el pago de la mensualidad de

febrero último para los señores participes que cobran haberes en los arcipresbiterios respectivos, y los del de Getafe, se servirán presentarse para percibir los suyos, al Sr. D. Ildelfonso Gutierrez Higuera, cura párroco y arcipreste, que se ha brindado á desempeñar este cargo gratuitamente, en lugar de Don Francisco Ruiz Jurado, que por incompatibilidad de sus atenciones ha cesado desde este mes.—Madrid 12 de Marzo de 1858.—Marcos M. Sainz.

Se suscribe á cuenta de deuda del personal contra el Estado, tomando esta á tipo doble del que tenga en la Bolsa de Madrid el dia que se entregue á las dos obras « Coleccion de cánones y de todos los concilios de la Iglesia de España y de América, y sacrosanto, ecuménico y general concilio de Trento » por don Juan Tejada y Ramiro, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia, de las de Buenas letras de Sevilla y Barcelona, caballero comendador de la Real y distinguida orden española de Carlos III, segunda edicion notablemente mejorada. Tomadas de este modo cuestan la mitad de su precio. La coleccion de cánones vale 690 rs. y 140 el Concilio de Trento: pueden tomarse ambas ó una sola.

La administracion de estas obras se encarga de recoger los créditos que contra el Estado tengan los señores suscritores y de remitirles el papel que reciba, ó bien venderlo, si así lo mandan. Tambien admitirá estos encargos aunque sean hechos por los que no se suscriban. Al efecto autorizarán al autor segun modelo de la Gaceta de 28 de Febrero de 1856. Las personas que

hayan adquirido estos créditos por herencia ó por cualquier otro título ademas de la autorizacion en la forma mencionada remitirán los documentos necesarios para legitimar la procedencia. Los que ya tengan recogido el papel podrán enviar ó el total para enagenarlo ó lo suficiente para el pago de las obras. Madrid, calle de Santa Maria número 10, 2.º

EDUCACION PINTORESCA.

PUBLICACION PARA NIÑOS.

Esta publicacion sale por entregas, repartiéndose cuatro al mes y acompañando á cada una, cuando no lleve grabados en el testo, una lámina litografiada: repartirá ademas otra enciclopédica de doble tamaño. Los números de cada seis meses formarán un lindo tomo, para cuya encuadernacion se repartirá un indice con su cubierta de papel de color.

Se ha publicado el tomo primero y se despacha á precio de suscripcion, que es 12 rs. por trimestre y 20 por medio año en provincias, franco de porte.

Con láminas enciclopédicas ó grabados de labores un real mas al mes.

A las Sras. directoras de colegios ó maestras de niñas que lo deseen, se les enviará en lugar de lámina enciclopédica, un pliego de dibujos de bordados y otras labores.

Se suscribe en Madrid calle de las Huertas, núm. 42; y en Toledo en la librería de Fando.

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.